

Homenaje a D. Vicente García de Diego

Desde que ingresé en la Real Academia Española, todos los jueves, al filo de las siete y media, me siento rejuvenecer unos cuarenta años. Este minúsculo acontecimiento fáustico, en cuyo efecto cumulativo empiezo a poner grandes esperanzas, se debe a que nuestro querido Director accidental, D. Vicente García de Diego, dice “la antífona y oración acostumbrada”; y el escuchar las palabras latinas pronunciadas con su voz invariable, me devuelve, un jueves tras otro, y algunos miércoles por añadidura, al aula del Instituto del Cardenal Cisneros donde me enseñó latín. Por unos momentos vuelvo a tener once años; vuelvo a ver aquellos dos cuadros de hule negro, pendientes de la pared, uno con las cinco declinaciones latinas —*fabula, fabulae; populus, populi...*— y otro con las conjugaciones; vuelvo a escuchar su voz pausada, sin matices, que lee a Cornelio Nepote, a César, a Suetonio, a Cicerón, a Virgilio: *Vix e conspectu Siculae telluris in altum*; recuerdo su lápiz que señala a un alumno para preguntarle; revivo aquella atmósfera en que, por primera vez, penetré en una lengua que no era la mía y empecé a descubrir, con una especie de enamoramiento, qué es una lengua. Recuerdo también que D. Vicente hacía frecuentes incursiones en los dominios de la lengua hija, de la española; nos mostraba el mecanismo de la derivación; nos recordaba que, en rigor, hablamos en latín sin saberlo. “Si una mañana nos levantáramos hablando español —solía decirnos— no nos entenderíamos.”

Un día de marzo de 1926 hubo cierta conmoción entre los alumnos del Instituto: D. Vicente había sido elegido Académico de la Española. Yo no sabía entonces demasiado bien qué era la Real Academia Española, pero había sido criado por mi padre en un respeto a las jerarquías auténticas, y desde mis primeros días de clase había adivinado la superior calidad intelectual de García de Diego; tuve la certeza de que aquella elección que contaba el periódico era importante y justa. Lo que no se me pudo pasar por la cabeza es que aquel mismo D. Vicente había de ponerme al cuello, con algún trabajo —hay que decirlo todo—, cerca de cuarenta años después, una medalla académica igual que la que entonces recibía. El diploma lo había firmado D. Ramón Menéndez Pidal, que acaba de dejarnos su hueco y su nostalgia; pero fue D. Vicente el encargado de darme la bienvenida, y bajo su presidencia me ha tocado iniciarme en las tareas académicas.

Acaba de cumplir noventa años; por supuesto es *el mismo* que me enseñó latín; pero además, increíblemente, está casi *lo mismo*; no parece que los próximos cuarenta años vayan a alterar demasiado su figura. Nunca se interrumpió la relación entre el maestro y el discípulo; volvimos a tener la misma relación un curso, en la Facultad de Filosofía y Letras; nos encontramos muchas veces, en Madrid o en la tierra soriana, en Vinuesa; siempre le guardaré profundo afecto y no poca gratitud.

Porque D. Vicente me enseñó muchas cosas: más latín del que humanamente es posible enseñar en dos cursos; una fuerte impregnación en las raíces del castellano; la familiaridad con los entresijos de una lengua; el ejemplo de cómo se puede vivir dentro de ella, transitar por sus ideales corredores, asomarse a sus ventanas hacia afuera, inclinarse, con un poco de susto, a sus pozos misteriosos, donde de repente se refleja una estrella.

Y todavía le debo alguna lección moral. Fue García de Diego para mí, desde los primeros años, un ejemplo de serenidad y firmeza. Recuerdo que, con la misma voz, sin un estremecimiento, decía a un alumno: “Tiene usted matrícula de honor”; o bien: “Tome la puerta y vuelva por septiembre”. Me viene también a la memoria aquel día en que se discutió en clase la significación de la palabra andaluza “pero”; D. Vicente decía que era una variedad de pera; yo sostenía, basándome en la experien-

cia de mi parcial ascendencia meridional, que era una variedad de manzana; con la impertinencia de mis once años un tantico pedantes mantuve porfiadamente mi criterio. D. Vicente entró sosegadamente en la discusión y aceptó de buen grado, con admirable tolerancia, mis insistencias. Creo que los dos teníamos razón, pero lo interesante es que, a pesar de ser —en todo— el más fuerte, no intentó despojarme de la mía, ni apabullarme con su enorme saber, menos aún con su autoridad. Se me quedó grabada aquella lección de liberalismo, y creo haberla conservado todavía más viva que sus lecciones de latín. Por eso D. Vicente ha podido presidir varios años, con el respeto y el cariño de todos, esta comunidad de hombres libres que solemos llamar la Real Academia Española.

JULIÁN MARÍAS.

2 de diciembre de 1968.